

La democracia en México y el clero Político

Pablo González Casanova, en 1965, publica un libro fundamental para el análisis sociológico del país: La democracia en México. En esta obra, el distinguido académico analiza con toda seriedad cuáles eran las dificultades para que ingresáramos plenamente en la democracia. Veía, desde luego, como un gran obstáculo el presidencialismo mexicano y la manera en que el Poder Ejecutivo oprimía a los poderes restantes, el Legislativo y el Judicial. Otra importante contribución de González Casanova es el estudio puntual de los factores de poder y la manera en que se oponían al desarrollo armónico del país. Entre estos elementos, estaba el clero. México ha visto una larga y fatigante lucha entre el poder civil y la iglesia católica. En el siglo XIX, los liberales encabezados por Benito Juárez, trataron de limitar su poder y ambiciones, pero con Porfirio Díaz lo recuperaron en muy buena medida. La Revolución volvió a intentar controlar al clero y se llegó al extremo de una lucha violenta que conocimos como la guerra cristera. Con Lázaro Cárdenas volvió la paz y la iglesia pareció darse cuenta de su papel al servicio de la vida espiritual y no en los afanes materiales y políticos de la República. Sin embargo, poco a poco, el clero volvió por sus fueros, regresó a ser un factor real de poder con un enorme peso en la vida política. La derecha ganó terreno y los últimos presidentes priistas resucitaron los insanos deseos del clero de participar en la vida política de la nación. Desde Manuel Ávila Camacho que se declaró públicamente creyente hasta Carlos Salinas que modificó la Constitución para beneficio del clero, el sistema ha operado para que el clero católico recupere su sentido de arrogancia y prepotencia usuales en un país creyente.

Hoy todo aquello que prohibía una constitución laica, que miraba por las creencias de todos los mexicanos, se da: los actos de culto externo son cotidianos y las intromisiones en política de parte del clero es algo normal. El presidente va a misa, confiesa y comulga sin que a nadie le parezca extraño. Sólo nos faltaría que el presidente jurara, como en Estados Unidos, sobre la Biblia. No pasa un día sin que las autoridades religiosas se entrometan en los asuntos del Estado y que asimismo no les guste que los miembros de otras religiones hagan lo mismo. México, ciertamente, es un país mayoritariamente católico, pero cada vez que la iglesia católica ha chocado con el gobierno civil por razones terrenales, la iglesia ha sufrido derrotas estrepitosas.

El libro de Pablo González Casanova, La democracia en México, es un clásico de la sociología. Muchos de sus conceptos y juicios han pasado a ser obsoletos por razones naturales, pero su espíritu sigue intacto. Los datos asimismo han envejecido, pero la intención de sus planteamientos sigue vigente. Por ello, ahora publicamos un fragmento de esa investigación memorable, el referido al clero y a sus desmedidas ambiciones políticas. Para facilitar la lectura hemos suprimido algunas cifras y pies de página. Su sentido se mantiene erguido, del mismo modo que siguen en pie y con mayor fuerza, las intromisiones públicas de los hombres que seleccionaron como carrera la salvación de las almas, pero que han preferido el trabajo terrenal, que viven muy alejados de la doctrina cristiana al violar los principios de un país que ha luchado como pocos para mantener la división entre religión y Estado viva, entre el César y Dios.

El Búho

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA



para la memoria histórica

Felipe Posadas



Iris Aldegani

El clero*

La iglesia –el más grande terrateniente y prestamista del siglo pasado, después de haber perdido su inmenso poderío en la Reforma, que terminó con el latifundismo eclesiástico, y de haber recuperado parte de su fuerza en la etapa porfirista, se sintió amenazada por la Revolución Mexicana y entró en grandes conflictos con el Estado. Estos conflictos alcanzaron características de inusitada violencia con la rebelión de los cristeros, y llegaron a su clímax precisamente cuando el callismo fue menos revolucionario y substituyó la política popular y nacionalista por la demagogia anticlerical.

Con Portes Gil y sobre todo con el general Lázaro Cárdenas se llegó a un modus vivendi entre el Estado y el clero; cesó la persecución, cambió la política de uno y otro, e incluso hubo momentos de franca alianza y hasta apoyo del clero a la política revolucionaria, como fue el caso de la expropiación petrolera, en que el Arzobispo de México exhortó a la grey mexicana a unirse con el gobierno.

A partir de la época de Ávila Camacho –el primer presidente revolucionario que se declara católico– la iglesia va recuperando su influencia en la educación y en el propio gobierno; grupos numerosos de católicos se organizan en partidos y movimientos con ideologías conservadoras e incluso fascistas. En sus discursos y proclamas manejan deliberadamente los símbolos y creencias religiosos. Posteriormente va aumentando la actividad política del clero y de los grupos confesionales, que realizan peregrinaciones, manifestaciones y actos públicos, cada vez más frecuentes y decididos.

Desde octubre de 1951 en que el Arzobispo de México pidió a las organizaciones católicas del país que participaran en una Campaña Nacional Moralizadora, un comité ejecutivo –encabezado por el Arzobispo, por un sacerdote jesuita y los dirigentes de cuatro grupos: Acción Católica, Congregaciones Marianas, La Legión de la Decencia y los Caballeros de Colón– dirigió una vigorosa campaña que culminó en enero de 1953 en la más grande asamblea nacional de jefes católicos desde el principio de la Revolución. Esta asamblea dio a conocer datos que hasta entonces estaban fuera del alcance público... En ella se hallaban representados 44 organismos católicos con un total de 4,530,743 miembros. De estos grupos 24 se clasificaban como órdenes seculares y 20 como órdenes pías. Los grupos seculares más fuertes son cuatro: 1. Acción Católica Mexicana, compuesta de cuatro uni-

dades principales: a) Unión de Católicos Mexicanos, grupo de hombres casados o mayores de 35 años, con 44,000 miembros; b) Unión Femenina Católica Mexicana, compuesta por maestras, trabajadoras urbanas y campesinas, con 198,052 miembros; c) Acción Católica de la Juventud Mexicana, con 18,000 adherentes, y d) Juventud Femenina Católica Mexicana, organizada por mujeres entre 15 y 35 años de edad con un total de 88,221 afiliados; 2. Unión Nacional de Padres de Familia, con 500,000 miembros; 3. Caballeros de Colón, con 3,500; 4. Federación de Colegios Particulares, formada por 112 colegios y escuelas del Distrito Federal; 5. Legión Mexicana de la Decencia, con 25 miembros en cada una de las 32 entidades federales de la Unión y otros miembros más en los subcomités; 6. Asociación Nacional de la Buena Prensa que desde 1952 ha publicado una asombrosa cantidad de literatura católica: revistas: 36,971,594 ejemplares; boletines de información: 208,030,509; libros y folletos: 5,990,539; y otras publicaciones: 13,248,093; edita con regularidad 13 revistas, 8 boletines de información y dos libros al mes.

La creciente influencia del clero se percibe también por el número de periódicos registrados de 1952 a la fecha: 65 en 1952; 179 en 1953; 197 en 1954; 242 en 1955; 277 en 1956; 312 en 1957; 321 en 1958.

A ellos habría que añadir un número extraordinario de las llamadas “oraciones” que contienen informes y comentarios político-periodísticos y que se distribuyen en todas las iglesias y parroquias del país, así como el uso del púlpito –cada vez más frecuente– con finalidades políticas.

La fuerza y actividad del clero –imperceptible al principio– ha hecho también que el modelo de Constitución –liberal y anticlerical– que pasó del texto de 1857 al de 1917 no se realice: la educación religiosa, los periódicos confesionales, las manifestaciones

públicas, el apoyo, unas veces velado y las más abiertas, que brinda la alta jerarquía eclesiástica a los partidos y grupos confesionales, la organización insistente, permanente de grupos político-religiosos, como el Movimiento Familiar Cristiano, son una prueba más, no sólo de esta diferencia entre la estructura formal y real de la vida política mexicana, sino del creciente poderío de la Iglesia.

De todos los factores tradicionales de poder puede decirse que la Iglesia es el único que ha sobrevivido a las grandes transformaciones sociales del México contemporáneo y que incluso ha recuperado e incrementado parcialmente su fuerza. Para comprender el papel político que puede jugar en el actual contexto social es necesario sin embargo considerar varios fenómenos que ameritan estudios de fondo, indispensables para una verdadera sociología de la religión en México:

1. La profanización de las costumbres es un hecho en el México contemporáneo: en vastas regiones del país, en las ciudades sobre todo, en la vida privada del proletariado, en la clase media y alta urbana, se ve cómo las fiestas y ceremonias religiosas, las prácticas diarias, la moral y la interpretación religiosa de los problemas se borran o pierden, cediendo el paso a fiestas, ceremonias y prácticas profanas, a interpretaciones y conceptos morales desligados del concepto religioso. Si hoy el calendario de peregrinaciones de las diócesis y arquidiócesis sigue siendo muy amplio y va de enero a diciembre, si “la concurrencia anual de mexicanos que visitan la Basílica de Guadalupe suma un promedio de 15,648 católicos al día”, si es un espectáculo frecuente ver los domingos cómo se quedan los creyentes a las puertas de las iglesias por falta de cupo, estos hechos no necesariamente están en contradicción con la profanización de las costumbres de esos mismos creyentes, con la separación de lo

religioso y lo profano –que caracteriza al hombre moderno y resta terreno a la religión como visión integral del mundo, con la mezcla de la profanidad moderna y la tradicional, que afecta grandes regiones campesinas. Quizás todo ello explica que en amplios sectores de la población el creyente actúe en política como “ciudadano” y no como creyente. “... Podemos decir desde ahora -afirma el sacerdote Pedro Rivera R., S.], investigador acucioso de los problemas religiosos de México que aproximadamente un 25 por ciento de la población mexicana no practica ninguna religión; un 30 por ciento ignora los elementos básicos del cristianismo y de la vida sobrenatural y pone toda su religión en el culto más o menos ortodoxo a una imagen o a un santo, y casi siempre guiados por un espíritu egocentrista para gozar de la protección del santo. Entre los jóvenes y adultos, un 15 por ciento de la población global de México que se dice católica, no ha hecho la primera comunión. En cálculos conservadores, solamente un 20% asiste regularmente a la misa dominical. Hay además muchos pueblos y ciudades en que la asistencia a la misa dominical es de 5 o 6 por ciento.

“Si de la práctica general de la religión pasamos a ciertos aspectos concretos –añade– el cuadro no es menos deprimente. Hay varias parroquias en la ciudad de México, en las que existen más de 500 amasiatos. En muchos pueblos, el culto dizque católico, se reduce a una fiesta popular en el día del santo patrono y a ciertos actos de manifiesta superstición.

“De los 34 millones de habitantes que aproximadamente tiene la nación, cerca de 10 millones están en edad escolar. De éstos, están bajo la influencia educativa de la Iglesia, en cálculos muy favorables, un medio millón, es decir, apenas un 5 por ciento de toda la juventud mexicana”.

2. De otro lado, como lo advirtió José E. Iturriaga “el estrato irreligioso se ha ampliado en el curso de

las cuatro primeras décadas del presente siglo –particularmente durante el período revolucionario– en más de cuatro mil por ciento, ascenso que no es proporcional al aumento de la población, ya que ésta sólo creció un 44 por ciento durante el mismo período.

En efecto, en tanto que en 1900 había 18,640 personas que no practicaban culto alguno, en 1910 había 25,011. En 1921 la cifra subió notablemente, pues el censo respectivo registró 108,049 personas dentro de la misma clasificación; en 1930 la cifra ascendió a 175,180; y finalmente en 1940 el número de personas que no tenían confesión religiosa alguna era de 433,671”.

3. El proceso de profanización de las costumbres no ha sido suficientemente estudiado, y en cuanto al número de la población que no tiene credo alguno deja de ser registrado por el censo de 1950, en que se da a entender que todos los mexicanos tienen religión, sea católica, protestante u otra, fenómeno insólito y revelador de incongruencias censales. En cuanto al censo de 1960, registra una población de 192,963 individuos que no tienen credo alguno, lo cual indicaría que en los últimos 20 años este tipo de población disminuye en 57 por ciento. Como al mismo tiempo la población que no aclara si tiene religión aumenta en 50 veces durante ese mismo período, puede pensarse que se trata de individuos que sin tener credo alguno, no quisieron manifestarlo expresamente, por indiferencia o temor.

Sumados unos y otros –los que manifestaron no tener credo y los que no se declararon creyentes ni incrédulos– arrojan la cifra de 414,253 habitantes, cifra inferior en 34,000 a la correspondiente de 1940, e incluso inferior en 29,000 a la de los no creyentes de 1940.

Estos datos pueden ser interpretados de las más diversas maneras:

a) Que la tasa de incremento de los no creyentes disminuyó precisamente en el período de industrialización, urbanización y modernización del país (1940-60), o b) Que aumentaron el tipo de presiones políticas y psicológicas para que las autoridades censales no registraran el fenómeno en 1950, o la población se declarara religiosa en el momento de la encuesta de 1960, o los empleados censales registraran automáticamente como católica a una población que no lo era.

La primera interpretación es imposible. En cualquier sociología de la religión se señala como una tendencia natural el aumento absoluto y relativo de la irreligiosidad conforme las sociedades se urbanizan y se industrializan. El segundo revelaría hasta qué punto este proceso –que en México debe darse como en cualquier otro país del mundo– puede coincidir con presiones políticas y psicológicas, conscientes o inconscientes, que tienden a ocultarlo, ya sea por parte de las autoridades o de la población, indiferente o temerosa.

4. En todo caso, al juzgar el papel de la política clerical de nuestro tiempo, la hipótesis más viable es que al catolicismo de tipo tradicional se añade cada vez más un catolicismo de tipo moderno, que al fanatismo político-religioso se enfrenta cada vez más un catolicismo que separa la acción religiosa y la acción política; que aumenta cada vez más la población que, declarándose católica, no es practicante regular de todos los ritos eclesiásticos.

Esta distinción entre un catolicismo tradicional y otro moderno existe tanto en la grey como entre los curas y prelados y es un hecho que no se puede ignorar, y que nos impide pensar que el incremento del poder de la Iglesia nos esté conduciendo a posiciones semejantes a las del pasado. El clericalismo del siglo XIX y principios del XX se explica también en función de todo un sistema social, en que el latifundismo, el caciquismo, el militarismo son su complemento. El de hoy se inserta en una estructura bien distinta. Puede, es cierto, volver a jugar algunos papeles similares a los del pasado, y en la medida en que los otros factores tradicionales del poder –particularmente el ejército– volvieren por sus fueros, el peligro de una lucha política tradicional aumentaría. Por lo pronto es necesario reconocer este primer hecho: la modernización del país, la profanización consecuente de las costumbres y la aparición de un catolicismo moderno, cada vez más alejado de los patrones políticos medievales y de las tradiciones políticas oscurantistas de España, es un hecho en el México contemporáneo. Claro es que esta modernización no es pareja en el país y no impide que queden regiones estancadas y de un tradicionalismo acendrado.



Antonio Ledesma

quismo, el militarismo son su complemento. El de hoy se inserta en una estructura bien distinta. Puede, es cierto, volver a jugar algunos papeles similares a los del pasado, y en la medida en que los otros factores tradicionales del poder –particularmente el ejército– volvieren por sus fueros, el peligro de una lucha política tradicional aumentaría. Por lo pronto es necesario reconocer este primer hecho: la modernización del país, la profanización consecuente de las costumbres y la aparición de un catolicismo moderno, cada vez más alejado de los patrones políticos medievales y de las tradiciones políticas oscurantistas de España, es un hecho en el México contemporáneo. Claro es que esta modernización no es pareja en el país y no impide que queden regiones estancadas y de un tradicionalismo acendrado.

5. En efecto, la geografía político-religiosa de México es muy variada y al desarrollo desigual de las distintas regiones corresponden formas distintas de religiosidad y profanidad. La actitud religiosa más tradicionalista y fanática se localiza sobre todo en los estados del centro con los consiguientes efectos políticos; en otras entidades, como Nuevo León, hay una religiosidad política de tipo paternalista, fomentada por los empresarios y ligada a las fábricas; gran parte del norte, del Golfo, del sureste tienen una religiosidad mucho menos amplia y menos vinculada a la acción política.

Tomando como un indicador negativo de la sociedad tradicional, en cuanto a la religión, el número de individuos que manifiestan expresamente no tener credo alguno y logran su registro como no religiosos a pesar de los obstáculos arriba señalados, y clasificando a los estados según tengan una menor o mayor proporción de incrédulos manifiestos, nos encontramos con que 13 estados tienen una proporción de incrédulos mayor de la media nacional (0.57) y 19 se hallan debajo de ella. Las mayores proporciones de incrédulos manifiestos (más de 1 por ciento), se encuentran en Baja California, Quintana Roo, Sinaloa, Tabasco, Veracruz; la menor proporción en Jalisco, México, Querétaro. (de 0.00 a 0.20) En un segundo grupo están de un lado (de 0.81 a 1.00) Campeche y Chiapas y de otro (de 0.21 a 0.40) el territorio de Baja California, Colima, Guanajuato, Guerrero, Oaxaca. Y en último grupo se encuentran de un lado (de 0.61 a 0.80) Chihuahua, Distrito Federal, Durango, Hidalgo, Michoacán, Morelos, San Luis Potosí, Tamaulipas, y de otro (de 0.41 a 0.60) Aguascalientes, Coahuila, Nayarit, Nuevo León, Puebla, Sonora, Tlaxcala, Yucatán, Zacatecas.

Otro indicador quizás más importante para detectar la geografía religiosa de México es el de la pobla-

ción de 12 o más años que teniendo vínculos maritales sólo se ha casado por lo civil o vive en unión libre. En 1960 de una población total de 12 o más años que vivía en vínculos maritales y ascendía a 11,689,960 de habitantes, el 33.13 por ciento no había contraído matrimonio religioso: sólo se había casado por lo civil o vivía en unión libre. La mitad de las entidades federativas tenía una población con vínculos maritales no religiosos superior a la media. En Tabasco esta población era el 78.15 por ciento del total, en Chiapas el 77 por ciento; en Sinaloa el 65 por ciento; en Veracruz, Tamaulipas y Sonora más del 50 por ciento; en Hidalgo, Quintana Roo y Campeche más del 40 por ciento; en Morelos, Nayarit, Oaxaca, Coahuila, territorio de Baja California y Nuevo León más del 33 por ciento; y sólo en el resto de los estados de la República era inferior a la media nacional: del 30 por ciento en el Distrito Federal, Chihuahua, Puebla; de menos del 30 por ciento y más del 20 por ciento en Yucatán, Guerrero, Tlaxcala, San Luis Potosí, Durango, México; de menos del 20 por ciento y más del 10 por ciento en Colima, Michoacán, Zacatecas, y de menos del 10 por ciento en los estados donde la religión católica no sólo es más general sino más tradicionalista: Jalisco, Aguascalientes, Querétaro, Guanajuato.

6. Por otra parte, la escala del fanatismo político-religioso al catolicismo moderno y al laicismo o de éstos a aquél, no es siempre suficiente para comprender las diferencias de la religiosidad en México: existe una población de más de un millón de habitantes que sólo hablan lenguas indígenas; y hay 2 millones que hablando lenguas indígenas, también hablan español. En ambos casos se dan creencias precortesianas, politeístas, totemistas, mágicas, que en estratos más aculturados se mezclan a las supersticiones religiosas y mágica de corte hispánico. Unas y otras son dignas de consideración al analizar la acción política del clero.

7. En efecto, la política clerical no es homogénea. Dentro de los jerarcas hay –como dijimos– diferencias que provienen de un espíritu tradicional o moderno; en los distintos estratos del clero se presentan hoy, como en el pasado, diferencias culturales e ideológicas; la política clerical varía de una a otra entidad

federativa, de una región a otra del país, de una a otra clase social.

8. Pero si el peligro de una política clerical y de problemas clericales semejantes a los del siglo ^{xix} no se da, si la evolución económica y social del país, los cambios de estructura, la diferente religiosidad de las



Alejandro Caballero

regiones y entidades no permiten pensar en una vuelta al pasado, sí pueden darse y se han dado en algunas regiones del país nuevas vinculaciones de la política clerical tradicional y de las nuevas fuerzas conservadoras mexicanas y extranjeras.

En el México actual y en zonas relativamente vastas del país se advierte una estrecha vinculación del clericalismo tradicional con la guerra fría, del cristianismo político con un anticomunismo que manipula los símbolos primitivos, los temores de la sociedad tradicional, para provocar verdaderos fenómenos de pánico y de agresividad entre la población más ignorante y fanática, sea campesina o de clase media.

La manipulación de estos temores y fobias de la sociedad tradicional y su vinculación con la guerra fría, mediante campañas de rumores, acusaciones, llamados alarmantes; los cuentos y fantasías de miedo que se hacen circular en el campo, los pueblos y hasta las ciudades; el uso de instrumentos religiosos amuletos, exorcismos y campanas que tocan a rebato de profetas y profecías, de apóstoles y santos, de imágenes supersticiosas de lo monstruoso, y conceptos populares de lo demoníaco, vinculados y enfrentados al comunismo como entidad infernal y diabólica, en el sentido tradicional del término; ligados a una acción política cada vez más efectiva, en que los sacerdotes van substituyendo a los maestros como líderes de las comunidades y de los ejidos –para formular demandas, levantar protestas, y organizar manifestaciones religioso-políticas– provoca un miedo completamente racional entre los propios políticos –gobernantes, diputados, líderes–, amenazados siempre de ser acusados de “comunistas”, con la connotación mágico-diabólica del término, y las fobias brueghelianas que despierta.

Que los extremos de esta política se encuentran localizados en ciertas regiones más atrasadas del país,

que la concepción mágica y medieval del anticomunismo cede paso en estratos superiores a una propaganda menos primitiva, que los sectores liberales y de pensamiento más moderno siguen dominando la situación en los pueblos, y que incluso en las entidades federativas donde se da más acusadamente este fenómeno hay grandes núcleos de campesinos con tierras, de ejidatarios revolucionarios, que apoyan a las élites liberales y las ayudan a mantener el poder, son hechos indudables. Sin embargo no impiden el que hoy el clero tradicionalista represente una de las fuerzas más vivas y actuantes en la política mexicana, y constituya uno de los grupos de presión más poderosos y diversificados, al que los gobernantes deben tomar en cuenta en sus decisiones, unas veces como aliado frente a las demandas populares que hacen peligrar su fuerza o sus intereses, otras como enemigo que intenta derrocarlos y substituirlos.

*Tomado de Pablo González Casanova, La democracia en México. Ediciones Era. México, 1965. 258 p.p.



Horacio López